

LA LUNA ES UNA AUSENCIA...  
POEMAS



Carolina Coronado



MUNICIPALIDAD DE  
LIMA

CAROLINA CORONADO

LA LUNA ES UNA AUSENCIA...  
POEMAS



MUNICIPALIDAD DE

LIMA

## Carolina Coronado

Nació el 12 de diciembre de 1820 en Almendralejo, España. Poeta, dramaturga y ensayista española considerada una de las poetas españolas más importantes del periodo romántico.

Desde muy joven tuvo interés por la literatura, por lo que forjó su educación de forma autodidacta, ya que la instrucción en su época era exclusiva para los varones. A la edad de 10 años, escribió sus primeros poemas y, a los 18 años, asistió al Liceo Artístico y Literario de Madrid, institución que no impedía el ingreso a las mujeres. En el transcurso de su vida literaria tuvo como mentor y guía a Juan Hartzenbuch. En 1843, recopila y publica sus versos en un tomo con el título *Poesías*, del cual sobresalen los escritos «Rosa blanca», «Tú eres el miedo», «Se va mi sombra pero yo me quedo» y «El amor de los amores». De sus quince libros en prosa destacan las novelas históricas *Paquita* (1850), *Adoración* (1850), *La Sigea* (1854) y *La rueda de la desgracia* (1873). Además, se conocen las producciones dramáticas *Alfonso IV de León*, *Un Alcalde de Monterilla*, *El divino Figueroa*, aunque no hay constancia de su edición, y la obra *El cuadro de la esperanza* (1846), pieza teatral más popular y la única en estrenarse.

Fallece en Lisboa, Portugal, el 15 de enero de 1911.

*La luna es una ausencia... Poemas*  
Carolina Coronado

Juan Pablo de la Guerra de Urioste  
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente  
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas  
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles  
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos  
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante  
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García  
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

[www.munlima.gob.pe](http://www.munlima.gob.pe)

Lima, 2020

## Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa “Lima Lee”, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells  
Alcalde de Lima

*LA LUNA ES UNA AUSENCIA...*  
*POEMAS*

*¡Ay, transportad mi corazón al cielo!*

Ángeles peregrinos que habitáis  
las moradas divinas del Oriente  
y que mecidos sobre el claro ambiente  
por los espacios del mortal vagáis.

A vosotros un alma enamorada  
os pide sin cesar en su lamento  
alas, para cruzar del firmamento  
la senda de los aires azulada.

Veladme con la niebla temerosa  
que por la noche ciega a los mortales,  
y en vuestros puros brazos fraternales  
llevadme allá donde mi bien reposa.

Conducidme hasta el sol donde se asienta  
bajo el dosel de reluciente oro  
el bien querido por quien tanto lloro,  
genio de la pasión que me atormenta.



¡Ay! Transportad mi corazón al cielo,  
y si os place después darme castigo,  
destrozadme en los aires y bendigo  
vuestra piedad y mi dichoso vuelo.

## *La luna es una ausencia*

Y tú, ¿quién eres de la noche errante  
aparición que pasas silenciosa  
cruzando los espacios ondulante  
tras los vapores de la nube acuosa?  
Negra la tierra, triste el firmamento,  
ciegos mis ojos sin tu luz estaban,  
y suspirando entre el oscuro viento  
tenebrosos espíritus vagaban.  
Yo te aguardaba, y cuando vi tus rojos  
perfiles asomar con lenta calma,  
como tu rayo descendió a mis ojos,  
tierna alegría descendió a mi alma.  
¿Y a mis ruegos acudes perezosa  
cuando amoroso el corazón te ansía?  
Ven a mí, suave luz, nocturna, hermosa  
hija del cielo, ven: ¡por qué tardía!  
Bardo amante, esa hechicera  
fiel y sola compañera  
de tu solitaria amiga,  
presurosa mensajera  
mis pensamientos te diga.

Yo me encontré en unos valles  
a esa misteriosa guía  
cuando lenta recorría  
de olivos desiertas calles,  
tristes, como el alma mía.

Yo de entre la tierra oscura  
la vi brotar, como pura  
memoria de tu pasión,  
en medio la desventura  
de mi ausente corazón.

Y como el recuerdo amante  
me siguió en mi soledad  
callada, tierna, constante,  
sin apartarse un instante  
esa nocturna beldad.

Porque si yo caminaba  
y con pasos fugitivos  
árbol tras árbol cruzaba,  
ella al par se deslizaba  
entre los negros olivos.

Si un instante suspendía  
mi carrera silenciosa,  
sobre la copa sombría  
del árbol se detenía,  
como una paloma hermosa.

Por eso el tierno quebranto  
sabe de mi ausencia, sola,  
porque al escuchar mi canto  
vino a sorprender mi llanto  
con la luz de su aureola.

Y pues es la verdadera  
fiel y sola compañera  
de tu solitaria amiga,  
presurosa mensajera  
mis pensamientos te diga.

## *Nada resta de ti*

Nada resta de ti... te hundió el abismo...  
te tragarón los monstruos de los mares.  
No quedan en los fúnebres lugares  
ni los huesos siquiera de ti mismo.

Fácil de comprender, amante Alberto,  
es que perdieras en el mar la vida,  
mas no comprende el alma dolorida  
cómo yo vivo cuando tú ya has muerto.

¡¡Darnos la vida a mí y a ti la muerte;  
darnos a ti la paz y a mí la guerra,  
dejarte a ti en el mar y a mí en la tierra  
es la maldad más grande de la suerte!!...

## *A una gota de rocío*

Lágrima viva de la fresca aurora,  
a quien la mustia flor la vida debe,  
y el prado ansioso entre el follaje embebe;  
gota que el sol con sus reflejos dora;

que en la tez de las flores seductora  
mecida por el céfiro más leve,  
mezclas de grana tu color de nieve  
y de nieve su grana encantadora:

ven a mezclarte con mi triste lloro,  
y a consumirte en mi mejilla ardiente;  
que acaso correrán más dulcemente

las lágrimas amargas que devoro...  
mas ¡qué fuera una gota de rocío  
perdida entre el raudal del llanto mío...!

*¡Oh, cuál te adoro!*

¡Oh, cuál te adoro! Con la luz del día  
tu nombre invoco apasionada y triste,  
y cuando el cielo en sombras se reviste  
aun te llama exaltada el alma mía.

Tú eres el tiempo que mis horas guía,  
tú eres la idea que a mi mente asiste,  
porque en ti se concentra cuanto existe,  
mi pasión, mi esperanza, mi poesía.

No hay canto que igualar pueda a tu acento  
cuando tu amor me cuentas y deliras  
revelando la fe de tu contento;

tiemblo a tu voz y tiemblo si me miras,  
y quisiera exhalar mi último aliento  
abrasada en el aire que respiras.

## *A dónde estáis, consuelos de mi alma*

¿A dónde estáis, consuelos de mi alma,  
cantoras de esta edad, hermanas mías,  
que os escucho sonar y nunca os veo,  
que os llamo y no atendéis mi voz amiga?

¿A dónde estáis, risueñas y lozanas  
juveniles imágenes queridas?...

Yo quiero veros, mi tristeza acrece,  
la soledad mi padecer irrita;

a darme aliento a mitigar mi pena  
venid, cantoras, con las sacras liras.

He visto alguna vez que al cuerpo herido  
flores que sanan con su jugo aplican,

de mi espíritu triste a la dolencia  
yo le aplicara la amistad que alivia.

Flores, que la salud de pobre enferma  
pudierais reanimar con vuestra vista,

¿por qué estáis de la tierra en el espacio,  
colocadas tan lejos de mi vida?...

Ese es, cantoras, de infortunio el colmo,  
esa en el mundo la mayor desdicha;  
sufrir el mal, adivinar remedio



y no lograrlo cuando el bien nos brinda.  
No he de lograrlo sola y olvidada,  
como el espino en la ribera umbría,  
de mi cariño las lozanas flores  
lejos de la amistad caerán marchitas.  
Nunca os veré; mi estrella indiferente  
no marca en mi vivir grandes desdichas,  
pero tampoco ¡ay Dios! grandes placeres,  
tampoco venturosas alegrías.  
¿Qué valen las desgracias si a sus horas  
de tormentoso afán sigue la dicha?  
Es menos bella la existencia, hermanas,  
pálida, melancólica, indecisa;  
que no tenga un azar de los que rinden  
ni una felicidad de las que animan.  
¡A Dios, auras de abril, rosas de mayo,  
cantoras bellas de la patria mía!  
Yo no puedo estrecharos en mis brazos,  
yo no puedo besar vuestras mejillas;  
pero al ardiente sol mando un suspiro  
y a la luna, al lucero y a la brisa  
para que allá, donde en la tierra os hallen,  
lo lleven en sus alas fugitivas.  
¿Qué dais, hermanas, de mi amor en pago?

Dadme canciones tiernas y sencillas  
reflejo puro de las almas vuestras,  
consuelo activo de las ansias mías;  
y así podré exclamar «¡nunca las veo,  
sin verlas moriré, mas logro oírlas!».

## *A la soledad*

Al fin hallo en tu calma  
si no el que ya perdí contento mío,  
si no entero del alma  
el noble señorío,  
blando reposo a mi penar tardío.

Al fin en tu sosiego,  
amiga soledad, tan suspirado,  
el encendido fuego  
de un pecho enamorado  
resplandece más dulce y más templado.

Y al fin si con mi llanto  
quiero aplacar ¡ay triste! los enojos  
del íntimo quebranto,  
no me dará sonrojos  
el continuo mirar de tantos ojos.

Danme, sí, tierno alivio  
la soledad del campo y su belleza,  
y va el dolor más tibio

su ardiente fortaleza  
convirtiéndose en pacífica tristeza.

Pláceme los colores  
que al bosque dan las luces matutinas:  
alégranme las flores,  
las risueñas colinas  
y las fuentes que bullen cristalinas.

Y pláceme del monte  
la grave majestad que en las llanadas  
como pardo horizonte  
de nubes agolpadas,  
deja ver sus encinas agrupadas.

Allí con triste ruido  
de las sonoras tórtolas, en tanto  
que posan en el nido  
bajo calado manto,  
de una a otra encina se responde el canto.

—Tal vez mis pasos guío  
por los sombríos valles, escuchando  
al caminante río,

que con acento blando  
se va por los juncas lamentando.

Ya entonces descendiendo  
de su altura va el sol, cansada y fría  
claridad esparciendo,  
y a poco entre armonía  
cierra sus ojos el señor del día.

Y los míos acaso  
alguna vez, del sueño sorprendidos,  
dejaron que en su ocaso  
pararan confundidos  
afanes del espíritu y sentidos.

Si sola y retirada,  
aún me entristece más noche sombría,  
la luna con rosada  
faz, por oculta vía  
sale a hacerme amorosa compañía.

Y al fin hallo en tu calma,  
¡Oh, soledad! si no el contento mío,  
si no entero del alma

el dulce señorío,  
blando reposo a mi penar tardío.

## *A un poeta clásico*

Pulidísimo poeta,  
que siempre os andáis buscando  
cefirillos en diciembre  
y florecillas en marzo.  
Ved que es malogrado tiempo  
el que gastáis en cantarnos  
esas romanzas melosas  
que a vos embelesan tanto.  
Porque ninguno os escucha,  
ni posible es escucharos,  
ni debe ¡salvo los sordos!  
nadie escuchar vuestro canto.  
Vos engalanáis de yerba  
fuera de sazón los campos  
y a deshora de sus nidos  
hacéis levantar los pájaros;  
vos asida del cabello  
sin compasión a su llanto,  
a cada instante a la aurora  
arrastráis de su palacio,  
y ni deja miel segura

en el panal vuestro labio  
ni brisilla sosegada,  
ni libre arroyucio manso.  
Y lo que más impacienta,  
ingeniosísimo bardo,  
es que, cuando estamos todos  
con vuestra musa trinando,  
sobre la blanda verbena,  
muellemente recostado,  
tan complacido y risueño  
vos dispongáis coronaros.  
¿A dónde vais por el mirto?  
¿De dónde arrancáis el lauro?  
¿Y qué lográis con poneros  
en la frente esos enjalmos?  
¿Un mancebo como un roble  
no os causa grima pasaros  
unas tras otras las horas  
entre los juncos holgando?  
¿No tenéis en vuestra tierra  
otro más útil cuidado  
que atisbar la rubia aurora  
y espantar los tiernos pájaros?  
Amigo, trocad, de vida



de cantinelas dejaos,  
¡sacudid el cuerpo inerme  
y haced valer vuestros brazos!

## *Acuérdate de mí*

Y cuando ya no veas  
las playas españolas  
que tan tristes y solas  
van a quedar sin ti,  
cuando estés en la nave  
mirando al océano,  
acuérdate ¡ay!, hermano,  
¡acuérdate de mí!

Si el cielo está sereno  
y el agua hermosa en calma,  
en tanto que mi alma  
te sigue desde aquí,  
en tanto vaya el onda  
surcando tu navío,  
¡ay! siempre, hermano mío,  
¡acuérdate de mí!

Y si el cielo se irrita  
y la mar se embravece,  
mientras la gente rece

en derredor de ti,  
levanta confiado  
tus ojos hacia el cielo,  
y al pedirle consuelo  
¡acuérdate de mí!

En calma y en bonanza  
siempre en el océano  
repite, dulce hermano,  
«yo me acuerdo de ti».  
Siempre con sol y estrellas  
por la región marina,  
repite «Carolina»  
¡acuérdate de mí!

## *Melancolía*

Emilio, ¡cómo apuras  
loco de risa el tiempo en la alegría!  
No hay tregua a tus venturas,  
como en la pena mía  
no hay tregua a la infeliz melancolía.

Anima tu contento  
la primavera, y mi tristeza acrece:  
páreceme que el viento  
que aspiro se enrarece,  
y la lumbre del cielo se oscurece.

Los campos tan hermosos  
A tus brillantes ojos, a los míos  
turbios, son enfadosos  
anchos espacios fríos,  
de objetos, de color, de luz vacíos.

Bastan del arroyuelo  
a tu juego infantil las blancas chinas:  
la fortuna tu anhelo

cumple, si en las vecinas  
mieses con la escondida alondra atinas.

¡Cuánto es el alborozo  
que tu impaciente corazón regala!  
El temblor de su gozo  
la agitación iguala  
de la avecilla sacudiendo el ala...

De niña, el riachuelo  
y las aves también me divertían,  
y cuantas por el suelo  
lindas flores se abrían,  
a mi regazo fáciles venían.

Mas ya ¿dónde el hechizo  
de esas llanuras para mí se encierra?  
Si de verde o pajizo  
se engalana la tierra,  
si brota el árbol, si la flor se cierra.

Un alma alborozada  
tantos encantos y mudanzas vea:  
la mía desolada

de cuanto la rodea,  
solo con el silencio se recrea.

## *Al otoño*

Presurosas huyeron  
las horas del verano caluroso:  
del álamo frondoso  
las hojas se cayeron:  
otra estación mi vida  
cuenta en quejas inútiles perdida.

El tibio sol de octubre  
la cabellera blanquecina tiende,  
y sus hebras desprende  
con que la tierra cubre,  
ya que negros vapores  
no absorban sus escasos resplandores.

Si el turbio remolino  
de la copiosa lluvia espacio deja  
a su rubia guedeja;  
si en medio su camino  
espesa niebla fría  
la luz no roba que a la tierra envía;

Ora os recuerdo triste,  
del verano risueñas alboradas,  
ora noches templadas,  
y a ti que apareciste  
tres veces en la esfera,  
luna, en la noche lúcida viajera.

¡Ay! ¡Cómo desaparecen  
los más bellos encantos de la vida!  
¡Cómo desprevenida,  
solo cuando perecen  
el alma los conoce  
para llorar su malogrado goce!

Así la primavera  
pasará de mis años presurosa,  
y aguardando ambiciosa  
la dicha venidera,  
de este bien que ora pierdo  
penoso en la vejez será el recuerdo.

Volveré tristemente  
los ojos hacia el tiempo desdeñado,  
y como del pasado



verano el dulce ambiente,  
su sol, su luna y flores,  
recordaré mi juventud y amores.

## *Una despedida*

Escuchad mis querellas,  
recinto y flores del placer abrigo,  
imágenes tan bellas  
como ese cielo que os protege amigo.

Asilo de inocencia,  
consuelo del dolor, bosque sombrío,  
ir quiero a tu presencia,  
y tu césped regar con llanto mío.

Y el agua de tu fuente  
beber acaso por la vez postrera,  
y respirar tu ambiente,  
besar tus flores, la gentil palmera.

Que tu dintel guarnece  
de lejos saludar entre congojas,  
y a la que en torno crece  
modesta acacia de menudas hojas.

Y a los álamos graves  
el postrimer adiós dar afligida,  
y cantar con las aves  
tristísima canción de despedida.

Y en tu graciosa alfombra  
reposar halagada de ilusiones  
bajo la fresca sombra  
de tus frondosos sauces y llorones...

Sus hojas se estremecen,  
y errantes sombras a mi planta evocan,  
que en el viento se mecen,  
y mis cabellos con blandura tocan.

Desde aquí la pintura  
es más bello admirar de ese tu cielo,  
los visos y frescura  
de las nubes cercanas a tu suelo;

y a través de las ramas  
mirar el sol que su lumbrera humilla,  
y cual de rojas llamas  
el occidente retocado brilla.

¿Ni qué música iguala  
al sordo vago suspirar del viento  
con que armonioso exhala  
un bello día su postrer aliento?

¡Ah! ¡Si mi vida entera,  
mi cara soledad, recinto amado,  
consagrarte pudiera  
el mundo huyendo y su falaz cuidado!

Mas ¡ay! que la alegría  
de contemplaros con la luz parece  
del presuroso día  
que a mis ansiosos ojos desaparece.

Esas aves cantoras  
que de gozar la tarde fatigadas,  
en tropas voladoras  
retornan gorjeando a sus moradas;

Cuando una sola estrella  
con apagada luz brille en el cielo;  
cuando la aurora bella  
ciña el espacio con purpúreo velo,

Y el nuevo y claro día  
con sus tintas anime la pradera;  
ellas con alegría  
volverán a girar por tu ribera.

En turba bulliciosa  
los bosques poblarán... y yo entretanto  
lejana y silenciosa  
las horas contaré de mi quebranto.

¡Ay! ¡Ellas tu hermosura  
gozarán y tu paz y sus amores!...  
Yo gusté harta ventura  
bebí en tus fuentes y besé tus flores.

## *El pájaro perdido*

¡Huyó con vuelo incierto,  
y de mis ojos ha desaparecido!...  
¡Mirad si a vuestro huerto  
mi pájaro querido,  
niñas hermosas, por acaso ha huido!

Sus ojos relucientes  
son como los del águila orgullosa;  
plumas resplandecientes  
en la cabeza airosa  
lleva, y su voz es tierna y armoniosa.

Mirad si cuidadoso  
junto a las flores se escondió en la grama:  
ese laurel frondoso  
mirad rama por rama,  
que él los laureles y las flores ama.

Si le halláis por ventura,  
no os enamore su amoroso acento;  
no os prende su hermosura:

volvedme al momento,  
o dejadle, si no, libre en el viento.

Porque su pico de oro  
solo en mi mano toma la semilla,  
y no enjugaré el lloro  
que veis en mi mejilla  
hasta encontrar mi prófugaavecilla.

Mi vista se oscurece  
si sus ojos no ve, que son mi día;  
mi ánima desfallece  
con la melancolía  
de no escucharle ya su melodía.

## *El marido verdugo*

¿Teméis de esa que puebla las Montañas  
turba de brutos fieras el desenfreno?...  
¡Más feroces dañinas alimañas  
la madre sociedad nutre en su seno!

Bullen, de humanas formas revestidos,  
torpes vivientes entre humanos seres,  
que ceban el placer de sus sentidos  
en el llanto infeliz de las mujeres.

No allá a las lides de su patria fueron  
a exhalar de su ardor la inmensa llama;  
nunca enemiga lanza acometieron,  
que otra es la lid que su valor inflama.

Nunca el verdugo de inocente esposa  
con noble lauro coronó su frente:  
¡Ella os dirá temblando y congojosa  
las gloriosas hazañas del valiente!



Ella os dirá que a veces siente el cuello  
por sus manos de bronce atarazado,  
y a veces el finísimo cabello  
por las garras del héroe arrebatado.

Que a veces sobre el seno transparente  
cárdenas huellas de sus dedos halla;  
que a veces brotan de su blanca frente  
sangre las venas que su esposo estalla.

¡Y que ¡ay! del tierno corazón llagado  
más sangre, más dolor la herida brota,  
que el delicado seno macerado,  
y que la vena de sus sienes rota!...

Así hermosura y juventud al lado  
pierde de su verdugo; así envejece:  
así lirio suave y delicado  
junto al áspero cardo arraiga y crece.

Y así en humanas formas escondidos,  
cual bajo el agua del arroyo el cieno,  
torpes vivientes al amor uncidos  
la madre sociedad nutre en su seno.

## *A la amapola*

Yo te vi, triste amapola,  
de las flores retirada  
mecer la roja corola  
entre la espiga dorada.

Leve el cuello y hechicero  
débilmente se agitaba;  
y el cefirillo ligero  
en tu seno revolaba.

Del fuego del sol bañada  
la cabeza purpurina,  
desmayaba sonrojada  
sobre la planta vecina.

Y allí entre la rubia espiga  
los pajarillos cantores  
daban con su trova amiga  
a tu belleza loores.

Yo te viera retirada  
a la par del rudo espino,  
guarneciendo descuidada  
el apartado camino.

Al morir la última estrella  
extiendes las puras alas;  
y a la purpúrea centella  
del sol renaciente igualas.

Mas ese tu empeño vano,  
y temeraria osadía,  
desde el trono soberano  
castiga el señor del día.

Que su llama en occidente  
no adurmiera sosegada,  
sin dejar tu roja frente  
con sus rayos abrasada.

Y de la noche  
la fresca brisa  
marchita hallara  
tu tierna faz.

¡Ay! que tu vida,  
flor desdichada,  
solo un instante  
brilla fugaz.

Y tu aureola  
pura y luciente  
desconocida  
muere también.

Nace en la aurora,  
y al alba nueva  
frágil desnuda  
tu débil sien.

## *Al mismo asunto*

¡Ay! La tórtola viuda  
llora su bello y muerto compañero,  
y ensordece la muda  
selva, con su gemido lastimero.

Gime sobre la encina  
donde arrulló su amigo antes con ella,  
la luna peregrina  
pasó, y oyó tres veces su querella.

El cierzo se levanta  
y sacude los árboles del monte,  
y ni el cierzo la espanta  
ni la lluvia que anega el horizonte.

Primero que olvidada  
su pena, ha de asordar la selva muda;  
que es fiel enamorada  
la tierna melancólica viuda.

Y era su compañero  
como ella amante, hermoso como el día,  
y su volar ligero  
por el valle a la tórtola seguía.

Solitarias amadas,  
vagasteis con la luz por los collados,  
y en la sombra, apartadas  
os vi, sobre los troncos elevados,

Y tú el cuello escondías  
entre las plumas de sus alas bellas,  
y a su arrullo dormías  
amoroso, al venir de las estrellas...

¡Ay tortolilla viuda!  
¡Llora tu bello y tierno compañero,  
y ensordece la muda  
selva con tu gemido lastimero!

Que el fiero azor en tanto  
su vuelo sesgo sobre ti avecina,  
y ya escucho tu canto  
ahogado en la garganta peregrina.

El seno que golpeas,  
a tu esposo llamando tiernamente,  
entre sus garras feas  
será regalo de su pico hendiente.

Mas ¡ay triste y viuda  
tórtola! si murió tu bello amante,  
¿qué importa que a ti acuda  
y rompa azor tu seno palpitante?

## *Rosa blanca*

La luz del día se apaga;  
rosa blanca, sola y muda  
entre los álamos vaga  
de la arboleda desnuda,

y se desliza tan leve,  
que el pájaro adormecido  
toma su andar por ruido  
de hoja que la brisa mueve,

ni para ver en su ocaso  
al sol hermoso un instante  
ha detenido su paso  
indiferente y errante.

Ni de la noche llegada  
a las tinieblas atiende,  
ni objeto alguno suspende  
su turbia incierta mirada.



Y ni lágrimas ni acentos,  
ni un suspiro mal ahogado  
revelan los sufrimientos  
de su espíritu apenado.

¡Tal vez de tantos gemidos  
tiene el corazón postrado!  
¡Tal vez sus ojos rendidos  
están, de mal tan llorado!

Tal vez no hay un pensamiento  
en su cabeza marchita,  
y en brazos del desaliento  
ni oye, ni ve, ni medita.

El poeta «suave rosa»  
llamóla, muerto de amores...  
¡El poeta es mariposa  
que adula todas las flores!

Bella es la azucena pura,  
dulce la aroma olorosa  
y la postrera hermosura  
es siempre la más hermosa.

En sus amantes desvelos  
la envidiaron las doncellas;  
mas ¡ay! son para los celos  
todas las rivales bellas.

Viose en transparente espejo  
linda la joven cabeza;  
mas tal vez dio en su reflejo  
su vanidad la belleza.

¿Y qué importa si es hermosa?  
sola, muda y abismada  
solo busca la apartada  
arboleda silenciosa.

Y allí cuando debilita  
su espíritu el sufrimiento,  
en brazos del desaliento  
ni oye, ni ve, ni medita.

## *Las dos palmeras*

Allá entre las tinieblas  
de la noche perdido,  
¿no oís algunas veces  
vago, triste rumor,

como el eco lejano  
del pájaro oprimido,  
que estrecha entre sus garras  
sacre devorador?

Es la voz de la virgen  
palmera enamorada,  
que su gemido ardiente  
alza en la soledad;

y a las auras en torno  
llama desconsolada,  
y sus brazos agita  
con amante ansiedad.

En las noches lamenta  
sus perdidos amores:  
las auras conmovidas  
gimen en derredor;

y por oír su historia  
los sauces tembladores,  
sus lánguidas cabezas  
levantan con dolor.

Cuenta que ya a lo lejos  
de su palmera amante  
no ve alzarse la frente  
con desvelo galán;

que ya nunca hacia ella  
los brazos anhelante  
tiende sobre los vientos  
con amoroso afán.

Que antes la brisa dulces  
halagos la llevaba,  
y a su amante en las noches  
oía suspirar;

y de alegría entonces  
su seno palpitaba  
y dejaba al ambiente  
su frente acariciar.

Mas del invierno crudo  
el vendaval airado  
sus brisas mensajeras  
tiernas arrebató;

Y de los rudos golpes  
su amante fatigado  
hacia el suelo agitada  
la cabeza inclinó.

¡Y desde entonces nunca  
ve ya la amada frente,  
ni sus brazos ansiosos  
sobre los aires ve!

¡Ni escucha su murmullo  
que halaga solamente  
las bellas florecillas  
que brotan a su pie!

Así en la noche cuenta  
la palma sus amores;  
las auras conmovidas  
gimen en derredor;

y al escuchar su historia  
los sauces tembladores,  
sus lánguidas cabezas  
inclinan con dolor.

## *El mundo desgraciado*

Hay escrito un cantar muy doloroso  
en una historia triste que poseo,  
para cuando el alegre balbuceo  
deje, Emilio, tu labio bullicioso;  
para cuando del álamo frondoso  
que tan lejano de tu frente veo  
toque a las ramas la graciosa mano  
que ahora no alcanza al peralillo enano.

Vago, amoroso, indefinible canto  
que yo no pronuncié, que nadie ha oído  
por tu risa infantil interrumpido,  
borrado a medias por mi ardiente llanto;  
memorias para ti de tierno encanto  
encierra ese cantar, que lleva unido  
al sueño de tu infancia venturosa  
el de mi larga juventud penosa.

Hoy mis pinceles para ti son vanos;  
tú no conoces tu retrato ahora;  
allí está tu cabeza seductora

en el grupo no más de dos hermanos;  
cuadro es sencillo, obra de mis manos,  
niño que ríe junto a mujer que llora,  
aire que vaga junto a flor marchita,  
y la destroza más cuando la agita.

Mas, no pienses historia peregrina  
relatada escuchar en mis cantares;  
todos del alma mía los azares  
en la tristeza están que la domina:  
si no es desventurada, lo imagina,  
y es lo mismo que todos los pesares  
del mundo tenga, que los sueñe todos,  
si se sufre igualmente de ambos modos.  
Y lo mismo que lloro, Emilio, llora  
la multitud sin conocer tampoco  
el grande, oculto, inapagable foco  
de la llama del mal devoradora;  
¿será que aún niño nuestro siglo ahora  
pugna impaciente, como tú hace poco,  
por romper las estrechas ligaduras  
de sus largas envueltas vestiduras?  
¿Será que de sí propio avergonzado  
a comprender empieza su ignorancia?



¿Que entre las tiernas formas de su infancia  
siente latir un corazón formado?  
¡Ay! eso es; su espíritu exaltado  
le hace correr larguísima distancia,  
pero, a su cuerpo débil y rendido  
fáltale fuerza y quedase dormido.  
Cesan las guerras, y en la paz se aclaman  
libres los pueblos, sabios venturosos;  
¿por qué los corazones silenciosos  
tantas secretas lágrimas derraman?  
Unos al cielo sin consuelo claman,  
ahogan otros sus gritos dolorosos;  
¿es que a ninguno la común ventura  
toca, a que todos gimen por locura?...  
A los niños, Emilio, a ti te toca;  
ven a mofarte de mis cantos vanos;  
en tus brazos dulcísimos hermanos  
ven a estrecharme con tu risa loca,  
y séllame los labios con tu boca  
y escóndeme los ojos con tus manos,  
¡y el bullicio infantil de tu contento  
el eco aturda de mi triste acento!

## *El espino*

Yo no quiero de los campos  
los árboles ni las parras  
ni la multitud vistosa  
de sus bellísimas plantas;

pero un espino florido  
que hay, Emilio, entre las zarzas,  
es la envidia de mis ojos  
la codicia de mi alma.

Viste su tronco ramaje  
de verdes hojas lozanas.  
Y entre sus brazos airosos  
flores como espumas alza.

Más ansiosa que la abeja  
en su perfume embriagada  
vago errante, sin aliento  
en torno de sus guirnaldas.

Mas, tiendo en vano los brazos  
que antes que llegue a alcanzarlas  
las punzadoras espinas  
de sus ramos me desgarran.

Huye la flor de mis manos;  
crece de mi pecho el ansia;  
la flor queda en el espino  
y en el espino mis lágrimas.

## *Temor del mundo*

Alberto, si lloro o canto  
siempre con voz dolorida,  
no es que tenga de la vida  
recuerdos el corazón;  
Es que el dolor presintiendo  
antes que el dolor le hiriera,  
como en pena verdadera  
he sufrido en la ilusión.

No vi la maldad del mundo,  
ni vi los hombres perversos,  
pero he llorado en mis versos  
presintiendo su maldad,  
como pobre gaviota  
que espantada busca asilo  
antes que en el mar tranquilo  
resuene la tempestad.

Mar tranquilo de mi vida  
mi juventud es ahora,  
pero de esta mar sonora

las entrañas siento hervir:  
tengo en mi mente mis alas,  
voy cruzando ola tras ola,  
pero en la mar española  
temo mis alas hundir.

Temo al viento, a los nublados  
antes de arribar al muro,  
y temo al giro inseguro  
de mi cobarde volar,  
cual temen las gaviotas  
en las saladas espumas  
que pueda sus blancas plumas  
el torrente salpicar.

Si estuviera yo en la gloria  
en cuyo trono esplendente  
dices que tan claramente  
me contempla tu ilusión,  
no llorara, y de mi lira  
fueran los cantos risueños;  
pero tú me ves en sueños  
y los sueños sueños son.

No soy ángel, no soy santa,  
y aunque a la virtud bendigo  
no estoy en la gloria, amigo,  
sobre el divino tisú;  
mas, viviera agradecida  
en el mundo que me encierra  
¡ah! si todos en la tierra  
fueran buenos como tú.

## *La desgracia de ser hijos de España*

Esta serenidad de la campiña,  
la virginal vegetación del suelo  
que a nuestros ojos representa niña  
la vieja tierra; el canto, el manso vuelo  
del bando de aves que hacia aquí se apiña:  
la vaca dando leche al tierno hijuelo  
en medio el monte solo y sosegado  
¿habéis en este mayo contemplado?  
Y de ese monte en la tranquila falda,  
sentado sobre el tronco de la encina,  
admirando el azul, la rica gualda  
del cielo, el orden con que el sol camina:  
de aquella sociedad que a nuestra espalda  
dejamos tan ruin y tan mezquina,  
¿no os parece el recuerdo en este instante  
más cruel, más agudo, más punzante?  
El filósofo, amigos, nos engaña  
cuando nos da del campo la armonía,  
la paz y sencillez de la cabaña,  
del bosque la risueña lozanía  
para alegrarnos; ¡ay! no los de España

que comemos el pan de cada día  
más amargo que hiel; dulzura hallamos  
en las campiñas ya: ¡tarde acordamos!  
Si fuera antes de ver caliente y tinta  
la requemada sangre del soldado  
correr a nuestros pies... la suave cinta  
del gracioso arroyuelo plateado  
que entre las flores de variado pinta,  
juega bullendo en el lujoso prado,  
nos pareciera alegre como un día  
a los hijos de Arcadia parecía.  
Pero se avienen mal desdichas graves  
con la benigna paz de los oteros,  
con los trinos gozosos de las aves  
y el humilde balar de los corderos:  
cuanto son estas horas más suaves,  
más duros son nuestros pesares fieros,  
dándonos por contraste aquí en la tierra  
la ajena paz con nuestra propia guerra.  
Porque en el campo ya plantas extrañas,  
desde que allá a jardín nos trasplantamos,  
para insectos, reptiles y alimañas  
el campestre placer abandonamos;  
las inseguras débiles arañas



andan mejor que por la selva andamos,  
y es más rica y feliz la baja hormiga  
que logra un agujero y una espiga.  
¡Cuánta envidia nos dan! ¡Cómo hace alarde  
hasta el negro moscón que rasga el viento  
de aquella libertad, que esta cobarde  
generación no logra! ¡Qué sediento  
nos queda el corazón cuando en la tarde  
después de contemplar el movimiento  
de esa naturaleza satisfecha,  
su parte de placer de menos echa!  
Parece que los vivos colorines  
que a los nidos retornan gorjeando,  
de nuestras artes, ciencias y festines,  
cuando al pasar nos ven, se van mofando;  
¿no sentís en el rostro los carmines  
del rubor asomar, tristes pensando  
que con tanto saber el hombre sabe  
pues no se hace feliz menos que el ave?  
¿Qué hemos de hacer sino sentir tristeza  
hasta en medio del mundo campesino  
que nos brinda tan solo su belleza  
para agravar aún más nuestro destino?  
En vano el monte muestra su grandeza

y sus alas despliega el blanco espino;  
murmura el río, las alondras cantan  
y los cielos y tierra se abrillantan.  
Nosotros no venimos al riachuelo  
para admirar su pez ni ver su espuma,  
ni divertimos espantando el vuelo  
del pajarillo de graciosa pluma;  
poco sabe de penas ¡vive el cielo!,  
quien tal de nuestro espíritu presuma,  
y vano corazón tendrá el menguado  
que tan contento viva y descuidado.  
No; no venimos a esparcir al viento  
el ánima doliente en nuestros días;  
no venimos en busca de contento  
ni tampoco a dejar melancolías:  
venimos, pues no entienden nuestro acento  
las duras rocas, las encinas frías,  
venimos a esconder en la montaña  
la desgracia de ser hijos de España.

## *La página en blanco*

Una tan sola reservó el destino  
página en blanco para mí guardada;  
y en dejar a mi musa limitada  
la intención de los hados adivino.  
Dice el sabio Hartzenbusch, a quien invoco  
siempre que de consejos necesito,  
en cierto verso por su mano escrito,  
principio y ceso —de lo malo poco.  
Menos modesta que Hartzenbusch, acaso,  
supliendo a su talento mi osadía,  
seis páginas del álbum llenaría  
si no atajaran a mi musa el paso.  
Basta con esta; y aun a ser borrada  
yo la condeno, por mi orgullo loco,  
pues, si debe Hartzenhusch escribir poco,  
yo no debo en conciencia escribir nada.

## *Pasión*

Ya no veo la alegría,  
de tristeza me sustento;  
no hay dentro del alma mía  
más que amor y abatimiento.  
Me acobarda mi pasión;  
ni luchar con ella puedo:  
yo me tengo compasión;  
yo a mí misma me doy miedo.  
Pienso que para calmar  
esta fiebre dolorosa,  
me bastará contemplar  
la naturaleza hermosa.  
Y corro a ver el brillante  
sol y los vagos nublados,  
y a escuchar del ave errante  
el canto por los collados.  
Mas también conmigo sube  
su imagen cruzando el viento...  
toma su forma la nube;  
toman las aves su acento.  
Cesa con la juventud

dicen, este padecer;  
mas los sabios la virtud  
no enseñan de envejecer.  
Y con remedio costoso  
esa ciencia me convida,  
si ha de empezar el reposo  
cuando se acaba la vida.  
¡Triste esperanza en verdad,  
tardo alivio, corazón,  
aguardar la ancianidad  
para calmar la pasión!  
Blanco el oscuro cabello;  
la tersa frente fruncida,  
y el mirar, que hoy llaman bello,  
sin un destello de vida.

El fino talle doblado,  
el corazón entumido...  
¿Es este el bien deseado,  
esta la dicha que pido?  
¡Ah, sí; que el talle, el mirar,  
la tez y el cabello oscuro,  
no valen este penar  
que con lágrimas conjuro!

Entonces, bardos galantes,  
no cantaréis mi belleza,  
ni oiré de labios amantes  
dulce, amorosa terneza.  
Esclavos de la hermosura,  
entonces bardos, tal vez,  
retratando mi figura  
satiricéis la vejez.  
Pero ciegos ya mis ojos,  
embotados mis oídos,  
no habrán de causarme enojos  
vuestros versos aplaudidos.  
Tal vez los que gimen ora  
rendidos ante mis pies,  
con sonrisa mofadora  
me contemplarán después.  
Mas, no vale el incensario  
de amante o galán poeta,  
este fuego temerario  
que sin descanso me inquieta.  
Yo no veo la alegría;  
de tristeza me sustento:  
no hay dentro del alma mía  
más que amor y abatimiento.

Me acobarda mi pasión;  
ni luchar con ella puedo:  
yo me tengo compasión;  
yo a mí misma me doy miedo.  
Y aunque es muy triste aguardar  
la vejez, amo de suerte,  
que quiero verla llegar...  
Si antes no llega la muerte.





## **Nada resta de ti**

Nada resta de ti... te hundió el abismo...  
te tragaron los monstruos de los mares.  
No quedan en los fúnebres lugares  
ni los huesos siquiera de ti mismo.

Estrofa I

| Colección  
| Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

**LIMA**